

TRAUMA, CLIVAJE Y PROGRESIÓN INTELECTUAL: UN ESTUDIO SOBRE EL BEBÉ SÁBIO FERENCZIANO (*).

Renata Machado de Mello ¹

Terezinha Féres-Carneiro ²

Andrea Seixas Magalhães ³

RESUMEN.

El presente artículo propone un estudio sobre la figura del ‘bebé sabio’ en la obra de Sándor Ferenczi, con el objetivo de investigar los lazos que se establecen entre trauma e inteligencia. Se examina, especialmente, los escritos ferenczianos de los años 1930, una vez que conjugan la teoría y la clínica de Ferenczi con pacientes traumatizados. Se discute, inicialmente, la coyuntura traumática de la maduración precoz, articulando las nociones de trauma y desmentida. En seguida, se analiza el concepto de clivaje, defensa a través de la cual el individuo se divide en un ser que todo sabe y nada siente. Por fin, se aborda la figura del ‘bebé sabio’, discutiendo las nociones de progresión traumática y prematuración patológica. Se considera que el proceso analítico en la clínica con los ‘bebés sabios’ debe asegurar las condiciones necesarias para una inversión de sentido en los procesos de maduración a través de la regresión y de la entrega confiada a los cuidados analíticos. Se cree que tal recorrido teórico refinará la sensibilidad necesaria para escuchar el sufrimiento, casi inaudible, de los ‘bebés sabios’ en la práctica clínica con niños.

Palabras clave: Trauma; clivaje; bebé sabio.

RESUMO.

O presente trabalho propõe um estudo sobre a figura do bebê sábio na obra de Sándor Ferenczi, com o objetivo de investigar os laços que se estabelecem entre trauma e inteligência. Examinam-se os escritos ferenczianos dos anos 1930, posto que conjugam o pensamento clínico de Ferenczi sobre o trauma. Discute-se, inicialmente, a conjuntura traumática da maturação precoce, articulando as noções de trauma e desmentido. Em seguida, analisa-se o conceito de clivagem, defesa por meio da qual o indivíduo se fragmenta, dividindo-se em um ser que tudo sabe e nada sente. Por fim, debruça-se sobre a figura do bebê sábio, discutindo as noções de progressão traumática e prematuração patológica. Considera-se que o processo analítico na clínica com os ‘bebês sábios’ deve assegurar as condições necessárias para uma inversão de sentido nos processos de maturação pelas vias da regressão e da entrega confiante aos cuidados analíticos. Acredita-se que tal percurso teórico permitirá um refinamento da sensibilidade necessária para escutar o sofrimento, quase inaudível, dos ‘bebês sábios’ na prática clínica com crianças. **Palavras-chave:** Trauma; clivagem; bebê sábio.

ABSTRACT.

This study analyzed the figure of the ‘wise baby’ in the work of Sándor Ferenczi with the purpose of investigating the links established between trauma and intelligence. We analyzed the Ferenczian writings of the 1930s, since they conjugate the theory and practice of Ferenczi with traumatized patients. First, the researchers discuss the traumatic context of precocious maturity, inspecting the notions of trauma and denial. Then, the authors analyzed the concept of cleavage, a defense by which the individual divides himself/herself in a being that knows everything but feels nothing. Finally, the researchers explore the figure of the ‘wise baby’, discussing the notions of traumatic progression and pathological prematurity. The analytical process in clinical practice with ‘wise babies’ must ensure the necessary conditions for a reversal of direction in the maturation processes through the ways of regression and confident submission to analytical care. The researchers believe that this theoretical path will refine the sensitivity required to listen to the almost inaudible suffering of ‘wise babies’ in clinical practice with children.

Keywords: Trauma; cleavage; wise baby.

INTRODUCCIÓN.

AUTOTOMÍA

La holoturia se divide en dos ante el peligro:
suelta un yo a la voracidad del mundo,
con el otro huye.
En el acto se bifurca en fatalidad y salvación,
en multa y premio, en lo que fue y lo que será.
En mitad de su cuerpo se abre un abismo
con bordes al acto convertidos en dos desconocidos.
En un borde, la muerte; en el otro, la vida.
Aquí, desesperación; allá, aliento.
Si hay balanza, no se desnivelan los platillos.
Si hay justicia, ¡hela aquí!
Morir lo imprescindible, sin pasarse de la raya.
Y, del resto salvado, rebrotar lo necesario.
También nosotros sabemos dividirnos, es verdad.
Pero sólo en cuerpo y en susurro que se quiebra.
En cuerpo y en poesía.
La garganta a un lado; al otro, la risa,
ligera y al pronto sofocada.
Aquí, oprimido, el corazón; allá *non omnis moriar*,
sólo tres palabras, tres plumas al vuelo.
El abismo no nos escinde.
El abismo nos rodea.
Wisława Szymborska (2016, p.142).

A menudo encontramos, en el ejercicio cotidiano de la práctica clínica, con los vínculos que se establecen entre trauma e inteligencia. Nos referimos aquí a los niños que parecen haber madurado precozmente a partir de la exploración del potencial intelectual, debido a eventos traumáticos experimentados en la vida temprana. Se trata, por lo tanto, de niños muy elocuentes y desinhibidos, habituados al pensamiento, sin embargo, que no se sienten cómodos con sus afectos. En la mayoría de los casos, son adorables y solícitos, además de ser muy bien educados, tanto en el sentido de comportarse como de contenerse. A pesar de esta brillantez, se aprecia, sin embargo, inseguridad y miedo ante la más mínima adversidad, conflicto o fracaso.

En general, estos niños rara vez se quejan de sufrimiento, por lo que son llevados a análisis por hipersensibilidad y/o un agotamiento significativo que se presenta con un tinte fóbico, de irritabilidad o depresivo y, en ocasiones, con sensaciones de aburrimiento, vacío y algunas compulsiones. No es infrecuente que presenten problemas en la interacción con otros niños, volviéndose solitarios y sin pertenencia. Desde un punto de vista clínico, observamos, por tanto, niños con dificultades para entregarse relajadamente al gusto de jugar, preocupados por aparecer siempre agradables y satisfechos, realizando sofisticados discursos. Tenemos la impresión de que la aparente vitalidad del niño revela una imposibilidad de vivir o descansar en el tiempo de la infancia. A menudo nos encontramos con que esta imposibilidad se remonta a una inversión de la relación de cuidado en el entorno familiar, por lo que los niños necesitan ‘estar en guardia’, adoptando una postura parental frente a sí mismos y frente a los adultos importantes para su existencia.

Ciertamente, no se trata de proponer una relación de causa y efecto entre trauma e inteligencia, tampoco de mitigar el dolor psíquico ahí involucrado, sino más bien de pensar en cómo el avance de los procesos de maduración se encuentra asociados a una estrategia de supervivencia frente a las situaciones traumáticas. Esta problemática nos estimula a investigar la figura del bebé sabio en la obra de Sándor Ferenczi; figura que proclama al niño que se vuelve extremadamente inteligente como forma de salvamento frente a lo

traumático. De hecho, con Ferenczi (1992a, p. 254) es posible pensar que “[...] el intelecto solo nace a partir del sufrimiento [...]”, constituyéndose como una tentativa de compensación frente a una conmoción psíquica total de cara al trauma.

Para ello, profundizaremos en los escritos ferenczianos de la década de 1930, especialmente en *Análisis de niños con adultos* (Ferenczi, 1992b), *Confusión de lenguas entre los adultos y el niño* (Ferenczi, 1992c) y algunas notas recopiladas en *Notes y fragmentos* (Ferenczi, 1992a) y en el *Diario Clínico* (Ferenczi, 1990), ya que combinan la teoría y la clínica de Ferenczi con pacientes traumatizados. Creemos que tal inmersión permitirá el refinamiento de la sensibilidad necesaria para escuchar el sufrimiento, casi inaudible, de los ‘bebés sabios’ en la clínica con los niños.

TRAUMA Y DESMENTIDA.

El trauma ocupa un lugar central en la obra de Ferenczi. Considerado un experto en ‘pacientes difíciles’, el psicoanalista húngaro trabajaba, en gran medida, con sufrimientos más primarios y severos en relación con los sufrimientos clásicos de la neurosis. A partir del análisis de casos con estas características, él se dio cuenta de la importancia de los aspectos relacionales, de la complejidad del funcionamiento psíquico frente al trauma y de los mecanismos de defensa involucrados en la supervivencia al trauma. En su *Diario Clínico* (1990), podemos seguir de cerca algunas dificultades, intentos y potencialidades encontradas en su proceso de investigación teórica y de tratamiento del sufrimiento psíquico.

En efecto, el célebre artículo ‘Confusión del lenguaje entre los adultos y el niño’, publicado en 1933, constituye el momento más significativo en la elaboración de la teoría del trauma que atraviesa la obra ferencziana. Este texto aborda la relación traumática entre los adultos y los niños, teniendo en cuenta la diferencia de lenguaje existente entre ellos. Mientras el niño se sumerge en el ‘lenguaje de la ternura’, experimentando un universo lúdico y ficticio; el adulto está en el “lenguaje de la pasión”, el dominio de la sexualidad adulta, marcado por prohibiciones sexuales, represión y culpa. En este sentido, “[...] la ternura y la pasión consisten en dos modos distintos de relacionarse con un otro, son como dos lenguajes distintos” (Dal Molin, 2017, p. 76), lo que denota un importante diferencial de intensidades y expresiones que no se pueden ser abolidos.

A partir de estos dos registros, Ferenczi (1992c) utilizó una escena emblemática de la seducción de un niño por parte de un adulto, donde reveló la confusión de lenguajes allí involucrada. Se trata de la construcción de un mito que involucra a tres personajes y dos momentos (Pinheiro, 1995). En un primer tiempo, un niño y un adulto juegan. Cabe señalar que “[...] el juego puede tomar una forma erótica, pero permanece, sin embargo, siempre en el nivel de la ternura” (Ferenczi, 1992c, p. 101-102). Algunos adultos, sin embargo, confunden el juego del niño con los deseos de una persona sexualmente madura, es decir, interpretan el lenguaje de la ternura como seducción genital. En estos términos, terminan respondiendo al juego infantil y abordando los términos de los niños con violencia sexual. El adulto en el lenguaje de la pasión es, por tanto, quien pierde la dimensión de la diferencia entre las generaciones.

Es importante aclarar que la confusión es la resultante de la fusión de los dos lenguajes, por tanto, inherente a la relación del adulto con el niño. De hecho, no hay forma de que el adulto se relacione con el niño a través de un lenguaje que no sea el suyo. En este sentido, se trata, sobre todo, de reconocer la diferencia que está en juego en esta relación, ya que tampoco hay forma de escapar a ella, ni tampoco de negarla. Ciertamente, esta diferencia produce una serie de malentendidos y traumas, y ellos pueden adquirir un sentido estructurante, ya que contribuyen al desarrollo y organización psíquica del niño (Pinheiro, 1995). El aprendizaje de las reglas de higiene, por ejemplo, puede resultar traumático en la medida que obliga al niño a someterse a una ley externa, cuya razón se le escapa, siendo, sin embargo, absolutamente necesaria y estructurante para su psiquismo.

En esta forma de comprensión, el trauma desestructurante, a su vez, se instituye para el niño cuando el adulto colisiona violentamente con su lenguaje de ternura, haciéndose inviable el proceso de reorganización metabólica y psíquica posterior al choque. De hecho, la seducción sexual equivale a una intrusión forzada.

En este caso, el niño se siente amenazado por aquello que sorprendentemente viene del adulto. La violación física y psicológica está determinada, por tanto, por el ejercicio abusivo del poder y la autoridad de un adulto que desconsidera el deseo y el modo de funcionamiento del niño, siendo el trauma el resultado de esta violación. En este contexto, las necesidades de los adultos prevalecen sobre las del niño en la dinámica psíquica de la familia (Cabré, 2017).

En la secuencia de la escena narrada por Ferenczi (1992c), el adulto, agente de violencia sexual, se siente culpable y niega lo sucedido, manifestándole al niño que no pasó nada. Tomado por la realidad de su experiencia, el niño busca a otro adulto en la familia o en su entorno para que le explique lo sucedido. Este último, por no soportar lo que le dice el niño, desmiente el relato, desconsiderándole su experiencia. Según Ferenczi (1992b, p. 79), “[...] lo peor es realmente la desmentida, la afirmación de que no ha pasado nada, que no hubo sufrimiento”. En efecto, lo que es desmentido es el propio sufrimiento del niño. De esta forma, es la conjunción entre violencia y desmentida lo que configura el escenario traumático en *Confusión de lenguas*. Para Cabré (2017), la desmentida se presenta como lo más violento del trauma, siendo un nuevo ataque a la posibilidad de comprender el significado del acontecimiento.

Es importante subrayar que la dinámica de la desmentida puede suceder en muchas situaciones en las que los pensamientos y afectos del niño son desconsiderados y descalificados, generándose un dilema irreconciliable: confiar en la verdad del adulto o en la verdad de sus sentidos. El hecho de que los padres no miren, por ejemplo, las heridas en el cuerpo de un niño o una situación de *bullying* puede implicar una dinámica de desmentida, ya que lo que el niño expresa, con su estado de ser o con su cuerpo, no es aceptado como comunicación. Es decir, cuando los padres tratan con indiferencia, frialdad o restándole importancia a un hecho que afectó mucho al niño. De esta forma, no solo el sufrimiento del niño es desmentido, sino que su propia existencia (Reis & Mendonça, 2018). En otras palabras, “[...] la desmentida no sólo no confirma lo sucedido, sino que también cuestiona la existencia misma de quien la experimenta” (Knobloch, 1998, p. 51).

Nos interesa llamar la atención sobre el hecho de que hasta entonces el niño tenía la seguridad de los lazos familiares, pero luego de la desmentida, el niño se queda sin protección. Es decir, pierde la condición de sustento y garantía de la protección familiar, y en última instancia, de la confianza en el vínculo. Solo queda una soledad absoluta. Lo que agrede, por tanto, no es la violencia en sí, sino, sobre todo, la falta de apoyo. En este sentido, “[...] se trata de una experiencia con el objeto en la que lo más importante no es tanto lo que pasó, sino lo que no pasó” (Cabré, 2017, p. 29, nuestra traducción)⁴. De esta forma, el trauma traduce la ausencia de una respuesta adecuada por parte del adulto en una situación en la que el niño se siente vulnerable, sin defensa, al borde de la inexistencia, poniendo en jaque toda la confianza que deposita en el adulto.

Considerando que los adultos son, para el niño, el soporte de la confianza y de sus relaciones con el mundo y consigo mismo (Pinheiro, 1995), el agotamiento de los recursos internos y la ayuda externa lleva al niño a un estado de ‘commoción psíquica’ (Ferenczi, 1992a), sumergiéndolo en profundas agonías. La experiencia traumática genera, entonces, la “[...] suspensión de todo tipo de actividad psíquica, sumada al establecimiento de un estado de pasividad desprovisto de toda resistencia” (Ferenczi, 1992a, p. 113). En este contexto, el niño “[...] entrega su alma [...]”, como escribe Ferenczi (1990, p. 73), ausentándose, a su vez, de sí mismo y del mundo. De este modo, empieza a aceptar fácilmente y sin resistencia la forma que le es dada, “[...] como un saco de harina” (Ferenczi, 1992a, p. 109), perdiendo su propia forma. Según Gondar (2017a), también es posible pensar que un niño traumatizado se somete más fácilmente al deseo del otro, en la medida en que su deseo no tiene o no tuvo ninguna importancia.

Frente a la “[...] autoridad abrumadora de los adultos” (Ferenczi, 1992c, p. 102), el niño se siente indefenso y pierde la voz. Con las referencias deshechas e desbordado de un miedo intenso, el niño se somete a la voluntad de quien lo violentó, incorporando su culpa. A través del mecanismo de ‘identificación con el agresor’ (Ferenczi, 1992c), el niño comienza a adivinar y obedecer sus deseos. Al hospedar al agresor en su interior, el niño convierte su espontaneidad infantil en un docilidad y un alerta constante, convirtiéndose en un ser que funciona mecánicamente. Tal adaptación conlleva así “[...] una dimensión de muerte parcial, de pérdida y renuncia a una parte de la individualidad” (Pinheiro & Viana, 2018, p. 56). Entonces, por

identificación, el adulto desaparece como realidad externa, volviéndose intrapsíquico. La forma en que esto ocurre en la psique puede entenderse, a partir de la investigación del concepto de clivaje, como veremos a continuación.

LA ACCIÓN DEL CLIVAJE (ESCISIÓN)

El concepto de escisión está íntimamente relacionado con la teoría del trauma en el trabajo de Ferenczi. Se trata de una estrategia radical de supervivencia psíquica cuando las defensas se agotan y la esperanza de auxilio no existe. En este contexto, se produce una ‘autoescisión narcisista’, en términos de Ferenczi (1992c), es decir, una fragmentación psíquica a través de la cual se elimina la insoportable unificación del sufrimiento, dispersando los efectos traumáticos. Fragmentarse implica un proceso de autodestrucción a favor de la supervivencia psíquica. En esta dirección, Roussillon (1999) postula que la escisión opera cortando o eliminando la subjetividad. En sus palabras: “[...] el sujeto se retira de la experiencia traumática primaria, se retira y se ‘corta’ de su subjetividad. Él asegura, esta es la paradoja, su ‘supervivencia’ psíquica se separa de su vida psíquica subjetiva” (p. 20, énfasis agregado, nuestra traducción)⁵. Según Knobloch (2016), el devenir múltiple se presenta como una salida para neutralizar el estado agonizante de lo traumático, en la medida en que se amplía, a través de la fragmentación, la superficie de apoyo de lo insoportable.

La imagen del clivaje ferenciano adquiere contornos más claros a través del concepto de autotomía, tomado de la biología (Ferenczi, 2011a). Es un concepto desarrollado a partir de un modo de reacción observado en algunos seres vivos elementales, como la lagartija, por ejemplo. Tal forma consiste en desprenderse de pedazos del cuerpo, sede de una excitación dolorosa y fuente de un sufrimiento extremo, para permitir la salvaguarda del resto del cuerpo. De manera análoga, entonces, el individuo también abandona o destruye partes de sí mismo, al escindirse, buscando así separar el dolor de la experiencia traumática y seguir adelante. Por tanto, existe una especie de sacrificio de una parte del yo por la supervivencia del grupo. En palabras de Ferenczi (1990, p. 240): “[...] el ser que queda sólo debe ayudarse a sí mismo y, para ese efecto, clivarse en el que ayuda y en el que es ayudado”.

El individuo se divide entonces “en una parte sensible, brutalmente destruida, y en otra parte que, en cierto modo, lo sabe todo, pero no siente nada” (Ferenczi, 1992c, p. 77). La parte que lo sabe todo, observa la destrucción desde fuera, desde la distancia, como quien mira una película. Cabe señalar que existe poca relación entre las partes escindidas, y la afección queda restringida a un determinado elemento, no transfiriéndose a las demás (Dal Molin, 2016). En otras palabras, las zonas fragmentadas coexisten en la psique, sin embargo, sin establecer contacto o asociación entre sí, ni tampoco entran en conflicto. De hecho, “[...] el cese de la interrelación de los fragmentos de dolor permite a cada uno de los fragmentos una adaptabilidad mayor” (Ferenczi, 1992a, p. 248). Así, se rompen los posibles puentes entre la subjetividad y la objetividad del mundo. Tal ausencia de nexos y cohesión en la psique se traduce, en muchas ocasiones, por una dificultad para sentirse presente, vivo y real, además de ocasionar sentimientos de extrañeza, desánimo y vacío.

De hecho, a través de la “[...] ruptura entre sentimiento e inteligencia” (Ferenczi, 1990, p. 250), se interrumpe el sufrimiento y el miedo a la muerte (física y psíquica). En estas condiciones, el sujeto ya no siente el estado traumático, puesto al margen, sino que también, no siente nada más, anestesiándose. Con respecto a la vida afectiva, según el pensamiento ferenciano, hay un refugio en la regresión, de tal manera que el individuo no siente ninguna emoción hasta el final; en el fondo, nunca es a él a quien le suceden las cosas (Ferenczi, 1990). Cabe señalar que aquí no se trata de una insensibilidad, sino de una desconexión afectiva que surge de la discontinuidad radical producida por la acción del clivaje (Verztnan, 2002). En otras palabras, la aparente desensibilización revela, en el fondo, una hipersensibilización. La inteligencia, sin embargo, toma un camino progresivo, estando sobre investida, como veremos a continuación.

Según Ferenczi (1992c), cuanto más tempranos son los choques traumáticos, mayor es el número y la variedad de fragmentos escindidos, lo que resulta en un estado psíquico radical de atomización y desorientación psíquica. Sin embargo, es la fragmentación, es decir, el proceso de devenir múltiple lo que nos permite sostener la realidad traumática. En efecto, a partir de los fragmentos, aparece un nuevo yo.

Esta ‘neoformación’, en términos de Ferenczi (1990), sólo es posible a partir de la destrucción previa total o parcial del yo precedente. Cabe destacar que, ante la imposibilidad de producir cambios en el entorno traumático de forma aloplástica, muchas veces no hay alternativa para el individuo que transformarse, de forma autoplástica, engendrando una nueva subjetivación más adaptada a las circunstancias externas (Ferenczi, 1990).

LA FIGURA DEL BEBÉ SÁBIO

La figura del bebé sabio aparece por primera vez en la obra de Ferenczi (2011b) en un pequeño artículo titulado ‘El sueño del bebé sabio’, en 1923. A partir de este sueño típico, pone en escena el deseo infantil para suplantar a los ‘grandes’ en sabiduría, deseo que, a su vez, se invierte la situación en la que se encuentra el niño en relación con el adulto. El análisis del referido sueño abre algunas vías de interpretación, como, por ejemplo, la del niño que busca a través del conocimiento elaborar sus propias teorías sobre la sexualidad. Sin embargo, esta figura adquiere mayor relevancia después de los avances en la teoría y la clínica del trauma en la década de 1930. En este contexto, el bebé sabio ilustra la configuración psíquica de un niño traumatizado que se vuelve extremadamente adulto para dar cuenta de su sufrimiento psíquico en ausencia del cuidado de un adulto. En palabras de Ferenczi (1992c, p. 104)

El niño que ha sufrido una agresión sexual puede de repente, bajo la presión de la urgencia traumática, manifestar todas las emociones de un adulto maduro, las facultades potenciales para el matrimonio, la paternidad, la maternidad, facultades virtualmente preformadas en él

Se trata, por tanto, de la eclosión sorprendente y brusca de facultades nuevas que surgen como consecuencia de un trauma. Según Ferenczi (1992a, p. 248), una ‘fuerza interna’, procedente de energías hasta ahora en reposo o utilizadas para relaciones objetales, “[...] evalúa con una precisión matemática tanto la gravedad del trauma como la capacidad de defensa disponible [...]”, calculando la única conducta psíquica y física adecuada a la situación dada. Al respecto, Ferenczi (1990) menciona la existencia de “fuerzas órficas”, movilizadas para la preservación de la vida “cueste lo que cueste”. Podemos entender a *Orpha* (femenino de Orfeo) como una especie de inteligencia omnipotente, agente de cura y principio de salvación (Soreanu, 2018), convocada cuando la muerte se encuentra próxima, sin embargo, actuando incansablemente a favor de la vida. En este contexto, “*Orpha* trae consigo la aparición de hiper-facultades y exceso de performances” (Soreanu, 2018, p. 23, nuestra traducción)⁶, capaz de permitir una adaptación a la situación hasta entonces insoportable.

En lugar de la regresión psicoanalítica clásica, Ferenczi (1992c) propone, entonces, un escape del sufrimiento psíquico en el sentido progresivo, que puede describirse en términos de “progresión traumática” o “prematización patológica”. En estas circunstancias, por tanto, se produce un “[...] desarrollo repentino de la inteligencia, incluso de la clarividencia, en fin, una fuga hacia adelante” (Ferenczi, 1990, p. 251). La imagen evocada por Ferenczi (1992c, p. 104) ilustra poéticamente este mecanismo: “Piénsese en los frutos que maduran y se vuelven sabrosos con demasiada rapidez, cuando el pico de un pájaro los lastima, y en la madurez apresurada de un fruto picoteado”. Cabe señalar que la ruptura entre inteligencia y sentimiento, como nos enseña la noción ferencziana de clivaje, es justamente lo que permite la coexistencia de un estado emocional embrionario, a la par que una sabiduría intelectual como la de un filósofo comprensivo, matemático y enteramente objetivo. Esa sabiduría, entonces, se sustenta en la ausencia de una conexión entre el mundo objetivo y la subjetividad, entre los pensamientos y los afectos.

Lo que está en juego, por tanto, es la posibilidad de que, en situaciones traumáticas, la inteligencia se desvincule del afecto, conquistando, en consecuencia, una esfera de acción mucho más amplia. El intelecto, separado de la sensibilidad, adquiere así un aire de autosuficiencia, despertando una sensación de triunfo y un mínimo de apaciguamiento, a pesar del trauma (Mello, Féres-Carneiro, & Magalhães, 2015; Mello & Herzog, 2012). En este sentido, nos referimos a una cierta idealización de la sabiduría en contra del sentido

de vulnerabilidad, impotencia e imprevisibilidad, propio de lo traumático (Cabré, 2017). Según Pinheiro (2016, p. 158), “[...] inteligencia es una palabra pequeña para un trabajo tan duro”. De hecho, como afirma Ferenczi (1992b, p. 78), “[...] todos sabemos que los niños que han sufrido mucho, moral y físicamente, adquieren los rasgos fisonómicos de la edad y la sabiduría”.

En una nota de su *Diario Clínico*, Ferenczi (1990, p. 77) señala claramente la relación entre trauma e inteligencia: “[...] la inteligencia del infeliz niño se comportaba, pues en las fantasías que se estaban analizando, como una persona aparte, que tenía por tarea ayudar rápidamente a un niño herido casi de muerte”. En efecto, el intelecto comienza a cuidarse a sí mismo, como un ‘ángel guardián interno’ (Ferenczi, 1990). En otra nota clínica, podemos encontrar una descripción similar:

El paciente se volvía terriblemente inteligente; en lugar de odiar a su padre o madre, se sumergió tan profundamente en pensamientos sobre los mecanismos psíquicos, los motivos, e incluso los sentimientos (con la ayuda de su conocimiento sobre estos últimos), que llegó a comprender con total claridad la situación que antes era insoportable, una vez que había dejado de existir como ser dotado de sentimientos (Ferenczi, 1990, p. 251).

Para Ferenczi (1992b, p. 78), “[...] todo sucede realmente como si, bajo la presión de un peligro inminente, un fragmento de nosotros mismos se escindiera en forma de una instancia auto perceptiva que quiere acudir en ayuda”. Así, una parte de sí misma comienza a desempeñar el rol materno o paterno, por así decirlo, anulando el abandono de las figuras del cuidado y falta de afecto. Esta parte se encarga de estar alerta a todo y de todos, manteniendo el frágil equilibrio del que es guardiana (Pinheiro, 2016). En cierto modo, “[...] el individuo se coloca por encima de sí mismo y del agresor, alcanzando niveles de abstracción cada vez más altos” (Cabré, 2017, p. 252, nuestra traducción)⁷. Desde esta perspectiva, el intelecto se convierte en un sustituto del cuidado parental y el niño renuncia a toda esperanza de ayuda ajena. Es decir, la inteligencia se encarga del autocuidado, liberando al niño del peligro de quedar a merced de adultos indignos de confianza, con los que no se siente seguro.

Según la perspectiva ferencziana, el miedo a los adultos enfurecidos, en cierto modo locos, “[...] transforma al niño en psiquiatra” (Ferenczi, 1992c, p. 105). En este sentido, el autocuidado recae en el cuidado del adulto, que muchas veces constituye una situación familiar de afiliación invertida: el niño se convierte en padre o madre de sus propios padres (Mello et al., 2015). De ahí, entonces, un proceso de ‘inversión adaptativa’ (Lieberman, 2013), a través del cual los niños se adaptan, sobre todo, a las necesidades de los adultos y no al revés. Por lo tanto, las necesidades diletas del universo de los niños deben ser ignoradas y colocadas entre paréntesis. En este escenario, podemos presenciar el desarrollo de una especie de actividad meteorológica, como afirma Rabain (2010), con respecto al ‘baby meteo’. El autor se refiere así a los niños que estudian las variaciones en el entorno familiar para adaptarse adecuadamente, al igual que los meteorólogos estudian el cielo para predecir el tiempo que hará.

Esto es lo que Ferenczi (1992c) denomina “terrorismo del sufrimiento”, a partir del cual los niños se ven obligados a resolver todo tipo de conflictos familiares y cargar sobre ellos con el peso de los dramas, a menudo intergeneracionales. Nótese que no existe un objetivo altruista en esta megalómana asunción de responsabilidad por parte del niño hacia los padres, sino una tentativa de restaurar cierta estabilidad en el ambiente, asegurando su propia vida al interior de la familia. De esta manera, terminan convirtiéndose en personas buenas y serviciales; niños, de quienes a menudo se dice que son perfectos, extendiendo a los otros el cuidado y la sabiduría adquiridos con gran dificultad.

En estas condiciones, el intelecto extraordinario convive con la cotidianidad ordinaria de una vida sin presencia afectiva. En este sentido, el avance de los procesos de maduración del niño requiere una alta dosis de sacrificio, pagado con una moneda muy cara al universo infantil: la espontaneidad afectiva.

CONSIDERACIONES FINALES

En una sesión de análisis, un niño “sabio”, de aproximadamente ocho años, expresó su deseo de inventar una máquina del tiempo. Una máquina de ese tipo le permitiría ser un niño en vez de adulto. Esta es una hermosa imagen del proceso analítico en la clínica con “bebés sabios”. Correspondería al analista, por tanto, asegurar las condiciones necesarias para una inversión de sentido en los procesos de maduración mediante la regresión y la entrega relajada a la atención analítica. Por esta vía, el ‘ángel guardián interno’ del niño puede ser gradualmente transferido al analista, como una figura capaz de sostener el lugar del cuidado, reconocimiento y supuesto saber, como reverso del trauma.

Considerando que la escisión se engendra en la soledad, el silencio y el desamparo del niño con relación a los adultos importantes para su existencia, se trataría de crear un vínculo para restaurar la confianza. En estos términos, la naturalidad y honestidad del analista se presentan como el medio más favorable a la situación analítica con los ‘bebés sabios’, en contraposición a la neutralidad y, a menudo, la falta de sinceridad del analista. En palabras de Ferenczi (1990, p. 161), “[...] el paciente debe sentir que el analista comparte el dolor con él y que también hace sacrificios para apaciguarlo”. El reconocimiento del sufrimiento se entiende aquí como lo opuesto a la desmentida especialmente cuando se trata de niños que sospechan de sus propias percepciones. Se vuelve fundamental, por tanto, construir una “atmósfera psicológica adecuada” (Ferenczi, 1992b), propicia para una experiencia de “bajar la guardia”, de menos vigilancia, accediendo a una nueva forma de existir.

Por tanto, según Ferenczi (1992d), el analista debe ser capaz de ‘sentir con’ su paciente, valorando una vía sensible en la comunicación. El concepto de ‘tacto’ (Ferenczi, 1992d) es fundamental para comprender la disponibilidad necesaria para entrar en contacto con lo que siente el paciente. En este sentido, es necesario sintonizar con las más diversas modulaciones de la expresión afectiva, experimentando el impacto del sufrimiento del niño en su propia carne (Reis, 2017). En este contexto, es importante no perder la dimensión de la diferencia de lenguaje entre nosotros, analistas adultos y los niños bajo análisis, con el riesgo de reproducir la violencia de la desmentida. Entonces sería necesario estar disponible para experimentar con el niño su sentido de sí mismo y del mundo, abriéndose a los códigos, sentidos y vocabularios de la infancia.

Vale la pena señalar que la integración de las partes escindidas no se presenta como el objetivo último del análisis, por lo tanto, no se trata de ‘desclivar’ la psique. Desde esta perspectiva, consideramos necesario renunciar a las pretensiones unificadoras, apoyando el funcionamiento fragmentario, sin olvidar que las conexiones, los nexos y las asociaciones son dolorosas. Vale la pena enfatizar que la escisión no es solo una reacción patológica, sino una estrategia de supervivencia, o incluso, un intento de curar el trauma (Gondar, 2017b). Ciertamente, es importante crear puentes entre el intelecto y el afecto, sin embargo, tales puentes deben ser vistos como un desdoblamiento del avance del proceso analítico y no como una exigencia de trabajo a imponer. Así, según Ferenczi (1990, p. 119), “[...] la tarea del análisis consiste en traer el alma a la vida desde estas cenizas”. O incluso, “[...] revivir, por así decirlo, el alma que se rindió, con tacto, pero con energía, y llevar lentamente este fragmento, muerto o partido, a admitir que, en realidad, no está muerto” (Ferenczi, 1990, pág.73).

Debemos, entonces, darnos cuenta dónde late la vida, apostando a que no solo la parte brutalmente destruida y muerta puede renacer, sino que también pueden surgir formas sin precedentes de experimentar la vida. Esto implica una práctica analítica capaz de ‘vitalizar o revitalizar’ (Coelho Junior, 2018), acogiendo así destellos de deseo, de brasas bajo las cenizas. Se trata, así, de entender el análisis como un proceso de presenciar el dolor, pero también como un espacio de reconciliación y reencantamiento con el mundo (Reis, 2017). Quién sabe, si así, los fragmentos intelectuales encontrarán un descanso y nuevos circuitos para que se creen los afectos. En palabras de Ferenczi (1992a, p. 117):

Es posible que no podamos ofrecerle todo lo que le correspondía en su infancia, pero el solo hecho de que podamos acudir en su ayuda ya proporciona el ímpetu para una nueva vida, en la cual se cierre el expediente de todo lo perdido sin retorno y; más allá de ello, de efectuar el primer paso, que le permita contentarse con lo que ofrece la vida, a pesar de todo, y no rechazarla como un todo [...]

A pesar de todo, vale la pena insistir en la creación de un mundo posiblemente mejor, creación continua, siempre por hacer. Finalmente, la poesía de Wislawa Szymborska (2016, p. 229), una vez más, nos sirve como recordatorio: “[...] diferenciar el dolor de todo lo que no es ello”.

(*) Apoyo y financiamiento: Coordinación para la Perfeccionamiento del Personal de Educación Superior (CAPES)

REFERENCIAS

- Cabré, L. M. (2017). El diario clínico de Ferenczi. In L. M. Cabré (Org.), *Autenticidad y reciprocidade: um diálogo com Ferenczi* (p. 23-32). Buenos Aires, AR: Biebel.
- Coelho Junior, N. E. (2018). A matriz ferencziana. In L. C. Figueiredo & N. E. Coelho Junior (Org.), *Adoecimentos psíquicos e estratégias de cura* (p. 117-185). São Paulo, SP: Blucher.
- Dal Molin, E. C. (2016). O terceiro tempo do trauma: Freud, Ferenczi e o desenho de um conceito. São Paulo, SP: Perspectiva.
- Dal Molin, E. C. (2017). Trauma, silêncio e comunicação. In C. P. França (Org.), *Ecos do silêncio: reverberações do traumatismo sexual* (p. 63-86). São Paulo, SP: Blucher.
- Ferenczi, S. (1992b). Análise de crianças com adultos. In S. Ferenczi. *Obras completas (psicanálise IV)* (p. 69-83). São Paulo, SP: Martins Fontes. Original publicado em 1931.
- Ferenczi, S. (1992c). Confusão de línguas ente adultos e crianças. In S. Ferenczi. *Obras completas (psicanálise IV)* (p. 97-106). São Paulo, SP: Martins Fontes. Original publicado em 1933.
- Ferenczi, S. (1990). Diário clínico. São Paulo, SP: Martins Fontes. Original publicado em 1932.
- Ferenczi, S. (1992d). Elasticidade da técnica psicanalítica. In S. Ferenczi. *Obras completas (psicanálise IV)* (p. 25-36). São Paulo, SP: Martins Fontes. Original publicado em 1928.
- Ferenczi, S. (1992a). Notas e fragmentos. In S. Ferenczi. *Obras completas (psicanálise IV)* (p. 235-284). São Paulo, SP: Martins Fontes. Original publicado em 1934.
- Ferenczi, S. (2011a). O problema da afirmação do desprazer. In S. Ferenczi. *Obras completas (psicanálise III)* (p. 431-443). São Paulo, SP: Martins Fontes. Original publicado em 1926.
- Ferenczi, S. (2011b). O sonho do bebê sábio. In S. Ferenczi. *Obras completas (psicanálise III)* (p. 223-224). São Paulo, SP: Martins Fontes. Original publicado em 1923.
- Gondar J. (2017b). O analista como testemunha. In E. S. Reis & J. Gondar (Org.), *Com Ferenczi: clínica, subjetivação, política* (p. 186-198). Rio de Janeiro, RJ: 7 Letras.
- Gondar J. (2017a). O desmentido e a zona cinzenta. In E. S. Reis & J. Gondar (Org.), *Com Ferenczi: clínica, subjetivação, política* (p. 89-100). Rio de Janeiro, RJ: 7 Letras.
- Knobloch, F. (2016). Desafios clínicos: a escuta da ruptura. In Workshop realizado na Sociedade Psicanalítica da Cidade do Rio de Janeiro (SPCRJ), Rio de Janeiro, RJ.
- Knobloch, F. (1998). O tempo do traumático. São Paulo, SP: FAPESP.
- Liberman, A. (2013). “Escisión” e “identificación con el agresor” em El diario clínico de Sándor Ferenczi. *Revista de La Sociedad Argentina Psicoanálisis*, (17), 151-164.12 Trauma e progressão intelectual *Psicol. estud.*, v. 24, e45390, 2019
- Mello, R., Féres-Carneiro, T., & Magalhães, A. S. (2015). A maturação como defesa: uma reflexão psicanalítica à luz de Ferenczi e Winnicott. *Revista Latinoamericana de Psicopatologia Fundamental*, 18(2), 268-276.
- Mello, R., & Herzog, R. (2012). Psiquismos clivados: vazío de sentido e insistência no existir. *Cadernos de psicanálise*, 34(27), 65-81.
- Pinheiro, T. (2016). *Ferenczi*. São Paulo, SP: Casa do Psicólogo.
- Pinheiro T. (1995). *Ferenczi: do grito à palavra*. Rio de Janeiro, RJ: Jorge Zahar Ed.
- Pinheiro, T., & Viana, D. (2018). Trauma, descrédito e masoquismo em Ferenczi. In A. Maciel Jr. (Org.), *Trauma e ternura: a ética em Sándor Ferenczi* (p. 46-61). Rio de Janeiro, RJ: 7 Letras.
- Rabain, J-F. (2010). Freud ou Winnicott? La place du père et de la mère dans la construction psychique.

Mag Philo: Freud, le retour. Recuperado de : <http://www.cndp.fr/magphilo/index.php?id=28>

- Reis, E. S. (2017). A morte do sentido e a violação da alma. In E. S. Reis & J. Gondar (Org.), Com Ferenczi: clínica, subjetivação, política (p. 78-88). Rio de Janeiro, RJ: 7 Letras.
- Reis, E. S., & Mendonça, L. G. L. (2018). Nas cinzas da catástrofe, a criança surge. In A. Maciel Jr. (Org.), Trauma e ternura: a ética em Sándor Ferenczi (p. 15-36). Rio de Janeiro, RJ: 7 Letras.
- Roussillon, R. (1999). Traumatisme primaire, clivage et liaisons primaires non symboliques. In R. Roussillon. Agonie, clivage et symbolisation (p. 9-34). Paris, FR: PUF.
- Soreanu, R. (2018). Magmas. In S. Raluca. Working-through collective wounds: trauma, denial, recognition in the brazilian uprising (p. 51-82). Londres, UK: Macmillan.
- Symborska, W. (2016). Um amor feliz. São Paulo, SP: Companhia das Letras.
- Verztman, J. (2002). O observador do mundo: a noção de clivagem em Ferenczi. Ágora:

Publicado en: Estudos em Teoria Psicanalítica, 5(1), pp. 59-78, 2019.

Versión electrónica:

<https://www.scielo.br/j/pe/a/bT3nWbHDrtmYsyWkVNMgy9F/?lang=pt>

Volver a Artículos Sobre Ferenczi
Volver a Newsletter 17-ex-71

Notas al final

1.- Renata Machado de Mello: Pós-doutoranda em Psicologia Clínica pela Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro. Doutora em Teoria Psicanalítica pela Universidade Federal do Rio de Janeiro, com período sanduíche na Université Paris Diderot. E-mail: renatamello@gmail.com. Orcid: <http://orcid.org/0000-0002-1881-8690>

2.- Terezinha Féres Carneiro: Professora Titular do Departamento de Psicologia da Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro. Coordenadora do Curso de Especialização em Psicoterapia de Família e Casal da PUC-Rio. Terezinha Féres-Carneiro, Orcid: <http://orcid.org/0000-0002-0564-7810>

3.- Andrea Seixas Magalhães: Professora Associada do Departamento de Psicologia da Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro. Professora do Curso de Especialização em Psicoterapia de Família e Casal da PUC-Rio, Orcid: <http://orcid.org/0000-0003-2992-9844>

4.- “[...] se trata de una experiencia con el objeto en la que el aspecto más importante no es tanto lo que ha sucedido, sino lo que no ha sucedido”.

5.- “[...] le sujet se retire de l’expérience traumatique primaire, il se retire e se coupe de sa subjectivité”.

6.- “Orpha brings an account of the emergence of hyper-faculties and over-performance”.

7.- “[...] el individuo se coloca por encima de sí mismo y del agresor, alcanzando niveles de abstracción y generalización siempre más elevados”.